

NOTAS

IN MEMORIAM

FRAY VICTORINO RODRIGUEZ, O.P.

El fallecimiento repentino del padre Victorino Rodríguez, la noche del Jueves al Viernes Santo de 1997, ha sacudido dolorosamente los círculos de la filosofía cristiana y del pensamiento tradicional. Personalmente, me sume aún un poco más en la orfandad, ante el desfile —espero que glorioso, por la misericordia de Dios— de tantos amigos, no digamos sacerdotes, combatientes esforzados del buen combate. La pérdida es, además, en este caso, especialmente irreparable. Y no me cabe duda de que, tejas arriba, se habrá tornado en ganancia, pese a que el «santo abandono» a la voluntad de Nuestro Señor no acierte a disipar del todo el abatimiento de una trinchera por momentos desierta. Porque —lo he dicho con gozo de palabra y por escrito varias veces durante su vida, y me he visto obligado a repetirlo sin consuelo tras su muerte— el padre Victorino no era simplemente el filósofo y teólogo de la escuela de Santo Tomás —y, desde luego, no cualquiera—, ni siquiera el sacerdote sabio y santo. El padre Victorino representaba mucho más. De un lado, integraba el viejo estilo del dominico español, y después de él no sigue ninguno. Una suerte de *Thomas redivivus*, acunado en las breñas asturianas y forjado por los campos de Castilla, eslabón de una cadena que Dios ha permitido se quiebre. De otro, para varios equipos intelectuales de seglares católicos militantes, era el consejero firme y bondadoso, seguro y comprensivo: así, muchos de entre quienes estamos en el mundo de la cultura y la política ejerciendo lo que en una ocasión apeló la «vocación plural a la perfección cristiana» habíamos encontrado en él un magno hallazgo, que no se paga, que difícilmente se sustituye, que no se intercambia.

Permítaseme desarrollar un poco más esa doble dimensión. Y para ello, me sea consentido en primer lugar —repito lo que escribí en las páginas del diario *ABC* de Madrid el 20 de octubre de 1997— aplicar una rúbrica, la misma que Luis María Ansón (un Luis María Ansón que todavía no se había desembarazado completamente del magisterio del inolvidable Eugenio Vegas Latapie) utilizara para saludar, desde las páginas del mismo diario, el 26 de febrero de 1961,

al padre Santiago Ramírez, de la Orden de Predicadores, para despedir ahora a su hermano de orden y principal discípulo, el padre Victorino Rodríguez: «el frailecito ignorado». Escribía entonces Ansón que la ciencia teológica española seguía viviendo en el Siglo de Oro: «Basta escaparse al aturdimiento colectivo que producen ciertos nombres de brillantes sonoridades célebres, para encontrar al intelectual puro en la callada sabiduría del frailecito ignorado. En el silencio de las celdas conventuales tiembla de inquieta vida palpitante la arisca ciencia de Dios. Allí viven y sueñan, entre rezos y nostalgias, los mismos teólogos que aconsejaban a Felipe II, aquellos clérigos que mantenían en pacífico orden la inmensidad de sus reinos. Todavía se les puede ver. Con los mismos trajes, las mismas caras, las mismas arrugas de bronce, idéntica sabiduría. Con sus voces roncas esculpen recias estatuas de palabras. Una infinita emoción se transparenta en sus ojos. Ellos no escriben en los grandes semanarios internacionales, sino en las densas revistas teológicas. Sus nombres se ignoran en las tertulias literarias de Madrid, pero sus tesis se discuten apasionadamente en Bolonia o en la Sorbona. Escriben meditados libros voluntariamente para minorías, que son las que exigen. En su trabajo no existe la más mínima concesión al éxito. Todo el esfuerzo se traduce en rigor científico, en apasionado amor a la verdad».

Ciñéndonos ahora a la Orden de Predicadores, no puede decirse que el menor exceso tocase las palabras transcritas. Los nombres de Arintero, Colunga, Ramírez o Beltrán de Heredia, cimeros y de difícil parangón, son el comienzo de una estirpe que se ha desdoblado en logros a través de sus discípulos y sucesores: Urdániz, en sus confrontaciones con las figuras de nuestro tiempo; Fraile, como historiador de la filosofía; Alonso Lobo, gran canonista y dedicado al tiempo a la teología espiritual; Tuya y García Cordero en los estudios bíblicos; Cuervo, mariólogo; Royo Marín, moralista y gran orador sacro; Bandera, con sus comentarios eclesiológicos y su discernimiento de la teología llamada de la liberación; y Victorino Rodríguez como filósofo y teólogo total... Con la desaparición de éste, pues, y sin más excepción que la del padre Armando Bandera, felizmente en activo en Salamanca; la del padre Royo Marín, retirado por la edad, y —fuera de nuestras fronteras, aunque en modo alguno lejos, desde hace años— la del padre Lobato, ilusionado ahora en sacar adelante una nueva Facultad teológica en Lugano, desaparece uno de los últimos, de los más significativos también, representantes de la escuela. Quiénes, como es el caso del autor de esta nota, hemos gozado de la gracia de conocerlos, aunque por razones cronológicas sólo a algunos, no podemos olvidar la ingenuidad pero también el rigor de un Urdániz, o la distinción y la devoción de un Tuya, o la estampa de otros tiempos de un Bandera. Y Victorino Rodríguez...

El panorama, por tanto, es hoy mucho más desolador que el que reflejaba Ansón a principios de los sesenta: asistimos a la extinción de los «frailecitos ignorados». Y no sólo, a mi entender, es el fin de una estirpe; también se trata de la cancelación de un signo intelectual. Vicente Marrero, amigo de los padres

Ramírez y Rodríguez, acertó a expresarlo agudamente al escribir que si la escolástica ha chocado tanto con lo que se ha solido llamar modernidad —vocablo de índole más conceptual que cronológica—, su explicación última no es otra que un choque entre realidad y ambigüedad, plenitud ontológica e indigencia metafísica, verdad y equivocidad, afirmación y negación: «Choque en el que la escolástica se ha ido quedando cada vez más sola en el panorama cultural que brinda hoy el mundo. Sola en tanto que se va viendo que es más bien sólo ella la que todavía parece capaz de sentirse con fuerzas suficientes para formular algo que recuerde a lo que es una tesis de verdad». No puedo hurtarme a la melancolía que me invade al dejar constancia de esta desaparición, que arrastra también un tanto —es la lección de las palabras de Ansón— la de la vieja España. Y es que el padre Victorino Rodríguez, como antes Ramírez, Urdániz o tantos otros, tenía también ese toque genuinamente español, que despuntaba, aquí y allá, en muchas de sus preferencias y tomas de posición, salteándolas de contundencia tanto como de mansedumbre, de hidalguía natural y desprovista de jactancia, de cercanía siempre bondadosa.

Pasando a la segunda de las consideraciones, debe también ampliarse lo relativo al importante papel desempeñado por el padre Victorino Rodríguez en el pensamiento español, no sólo por la hondura, acierto y autenticidad de su obra —lo que de por sí debiera bastar—, sino por su acogida entre diversos grupos de intelectuales católicos seculares. Pienso, sin ir más lejos, y por hablar de lo que me es más conocido, en su vinculación con la Ciudad Católica de Eugenio Vegas Latapie y Juan Vallet de Goytisolo —le recuerdo siempre en sus reuniones, donde, por la exclusión cuasilegislatoria de los clérigos de la tribuna de oradores, atendía pacientemente entre el público lo mismo las intervenciones de los maestros, que, por cierto, se tenían por sus discípulos, que los balbuceos de los noveles que hacíamos nuestras primeras lides—, en cuyo seno fraternal tuve ocasión de tratarle íntimamente, y que es deudora de sus exposiciones, orientaciones y consejos. Como lo era la revista *Iglesia-Mundo*, a donde acudía con fidelidad admirable para asistir a los consejos de redacción, donde también coincidíamos, con otros amigos y colaboradores, muchos —como la propia revista— ya fallecidos, y donde se le escuchaba siempre —le escuchábamos siempre— con reverencia. Y también la SITA, la *Società Internazionale Tommaso d'Aquino*, cuya sección española tanto le debe y tanto ha de sufrir su ausencia. Allí me llevó —suavemente obligado— como Secretario General, y allí sigo, y no por mi gusto, a causa del imperativo que supone su legado. Deudoras todas, además, en gran medida, pues no es fácil hallar en los tiempos que corren un teólogo «de verdad», es decir, un teólogo que integre adecuadamente teología, metafísica y antropología filosófica, con exquisito respeto al magisterio y a la tradición católicos, y con delicada aplicación a los problemas del presente. Fray Victorino era un teólogo de verdad en un tiempo de demasiadas «teologías», un teólogo en la más pura tradición dominicana, un casi hasta físicamen-

te —lo he dicho al principio— *Thomas redivivus*. Nada que ver con esos fundadores de teologías que acaban dando muerte a Dios por la misma razón que el genial Chesterton —y precisamente en su biografía del santo de Aquino— decía saber de muchos profesores de antropología que no habían pasado de la antropofagia.

La importancia de la lección global de la teología tomista que era dado encontrar en nuestro hombre no se adquiere, desde luego, con algunas lecturas en francés o en alemán —hoy incluso en inglés—, ni en las linotipias o en las salas de maquillaje de las televisiones. Se adquiere en el recogimiento del silencio y en la paciencia del estudio: tres años de filosofía en el Studium Generale de los dominicos en Vergara, cinco de teología en la Facultad de San Esteban, otro en la Universidad de Santo Tomás de Roma, amén de las ampliaciones de estudios humanísticos en la misma Roma, y en París, Toulouse, Dublín y Limerick. Se adquiere en la docencia, iniciada en 1955 y me trevo a decir que ejercida ininterrumpidamente —a pesar de su «depuración» a principios de los setenta en la Pontificia de Salamanca—, dado que no cesó de enseñar con sus libros y artículos, y con su consejo y dirección, a personas y grupos. Pero, sobre todo, se adquiere en el amor a la Verdad y en la consagración al servicio de Dios. Sin uno y otra no hay verdadera *sapientia*. No en vano, más allá de todas las reducciones intelectualistas a que tantas veces se ha visto sometida, la fórmula genial que encierra el núcleo de la filosofía tomista —que perseverantemente enriqueció con su quehacer fray Victorino— no es otra que *sapientia cordis*.

MIGUEL AYUSO